

cancías, el genio de los veteranos –un discurso urdido con reminiscencias del destierro– ya se ha sumado a los nuevos talentos. Entre estos últimos, por cierto, no faltan los amantes de la fusión, como los tangueros Adrián Iaies y Pablo Aslan, quienes, a su modo, defienden la herencia de Piazzolla, el gran protector de los mestizos.

En Argentina, la actualidad del *jazz* brinda nuevas ocasiones para sentirse aficionado. El autor identifica a esos oyentes de última hora: culturalmente abiertos, y a la vez, muy selectivos. Quizá por esto, un guitarrista como Luis Salinas sea mucho mejor conocido (y también más escrupulosamente analizado) que sus antecesores en la misma cofradía. En contraste con lo ocurrido entre los años setenta y ochenta, Pujol confirma la existencia de jóvenes interesados en el pasado del *jazz*, en sus grabaciones históricas, en sus anécdotas y daguerrotipos. Sospecho que la referencia a este trabajo será obligada para ellos y para cuantos deseen conocer la deriva argentina de este género universal.

El ángel literario, Eduardo Halfon, Anagrama, Barcelona, 2004, 135 pp.

El guatemalteco Eduardo Halfon, autor de las novelas *Esto no*

es una pipa, *Saturno* (Alfaguara) y *De cabo roto* (Littera Books), cumple con una antigua fórmula que suele agradecer el lector moderno: la narración que involucra al escritor, con su nombre y señas, como personaje del artefacto narrativo. Toda escritura es autobiográfica, o según viene a insistir Halfon, biografía encarnada en letra. Cuestión de perspectiva: bajo la impregnación literaria, cada parcela de nuestra vida merece ser contada como si fuera un capítulo. Mediante esa maniobra, la historia mejora con el simulacro y la identidad se desdibuja en beneficio de los disfraces. Desde luego, no hay muchas obras recientes que subrayen tanto esa evidencia como los cinco relatos, llamémosles biográficos, que acá emplea el autor para acercarse a los inicios literarios de Hermann Hesse, Raymond Carver, Ernest Hemingway, Ricardo Piglia y Vladimir Nabokov. No casualmente, el ángel literario que inspiró a todos ellos es la entidad persecutoria que modula la narración: lo que Halfon llama, con rigor de biólogo, el momento específico de génesis literaria.

Al preguntarse por ese anhelo que implica adoptar la escritura como insistencia vital, el narrador penetra en una circunscripción agradecida, y si se quiere, romántica. El imaginario masivo redefine la actividad literaria en términos

de inspiración y monomanía: tópicos difíciles de refutar, y en consecuencia inteligibles para el público en general. En cierto sentido, cobra fuerza la sospecha de un as guardado en la manga. Ya se sabe, como el dedo del destino no entiende de inhibiciones, éste inocula el talento a sus elegidos con virtuosa trivialidad.

A este lado de la frontera, en una época tan proclive a lo audiovisual, el trabajo del escritor sigue siendo difícil de comprender, y a decir verdad, tampoco abundan los iconoclastas decididos a restarle mérito o misterio, por más que Martin Amis nos recuerde que, en estos tiempos, el papel del reseñador ha evolucionado hasta convertirse en el equivalente de los canarios en las viejas minas de carbón. En realidad, la prueba del escaso poder de la crítica y de la academia es que los novelistas deben hoy adoptar un gesto seductor y urgente para mercadear con sus escritos. O eso se trata de hacernos creer desde los medios masivos.

El amistoso Halfon entiende que debe de haber una razón, una conveniencia para dicha impostura. Seguramente por ello, visita en la ficción la casa de Andrés Tapiello, y ambos se saludan «como dos personajes de una novela que de pronto se conocen en la vida real». Nuevas máscaras se apilan sobre el escritorio, y no se trata de

insinuar su adjudicación, por cierto, sino de apropiarse de sus plusvalías. ¿Dónde queda la espontaneidad, pues? Sin duda, a estas alturas, se ha convertido en otro murmullo de fondo, en otra locución expresiva con pretensiones literarias. Lo olvidaba: también se introduce en el relato Enrique Vila-Matas, cuyo ejemplo sirve de familiar estímulo a estas páginas. En la superficie, ese parentesco está provisto de otra divisa: la que distingue a Javier Cercas, al propio Vila-Matas y a otros miembros de la misma cofradía, hábiles a la hora de acotar citas realistas, a un paso entre la memoria y la historia, entre lo intenso y lo trivial.

El joven escritor parece cómodo en ese horizonte. Confirma lo que desea creer, y en consecuencia, encuentra instructivas las alusiones. Tal vez ello sea un vestigio de su otra etiqueta: la del lector agradecido, nítidamente respetuoso. Podría ir un poco más lejos, pero Halfon se limita a expresar con pulcritud un sencillo mensaje: investigar las vidas de otros implica una búsqueda personal. Debe pensarse, en conclusión, que cualquier género es válido para culminar esta pesquisa. Tal como esperaba el autor, sus imaginaciones de aprendiz adquieren forma de novela, diario y ensayo. Buscando con quién compararse, llega a ese confortable promedio,

pero es una lástima que lo haga con tan excesivo recato.

Antología poética, Leopoldo Castilla, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2003, 110 pp.

En conjunto, la producción del salteño Leopoldo Castilla tiene la necesaria entidad para ser homenajeada en la serie *Poetas argentinos contemporáneos*, que diseña el Fondo Nacional de las Artes. La antología que aquí se presenta toma como referencia poemarios tan diversos como *El espejo de fuego* (1968), *La lámpara en la lluvia* (1971), *Generación terrestre* (1974), *Versión de la materia* (1982), *Campo de prueba* (1985), *Teorema natural* (1991), *Baniano* (1995), *Línea de fuga* (2001) y *Nunca* (2001). La cosecha de versos es muy generosa, pero como resultado de su carácter singular, también sugiere un recuento de insistencias. La más elocuente, se diría, es la preocupación por los paralelismos ocultos del universo, que acostumbran a manifestarse bajo una envoltura lírica.

A la hora de elaborar su programa, Castilla propone un bucle de tiempos y espacios, un bucle que tiene algo de red semántica. En ese diagrama se desdibuja la certeza cartesiana y aparecen otros

vigorosos enlaces, traducidos especulativamente. De ahí proviene esta advertencia a los físicos e ingenieros: «la fuerza de la gravedad no existe / la órbita / es lo femenino de la tierra». El hecho de que el sustrato *científico* de estos poemas esté compuesto por estimaciones intuitivas no descarta de ninguna manera la defensa de unas reglas de compromiso: las que atañen al efecto recursivo de los sentimientos en la percepción de lo real. ¿Y cómo actúan estas emociones sobre las moléculas de la vida? El poeta describe una de las posibles soluciones que caben al enigma: «Los físicos afirman que la identidad está en la forma / en la preservación de la forma / por lo que una hoja no es igual a sí misma / ni este mendigo que oculta su cara / es igual a sí mismo / (tal vez sólo semejante a su limosna) / Con esa mano nos tapa los ojos. / La realidad, como el presentimiento, no admite ser violada».

Se puede ir más allá de este panel de espejos enfrentados, y plantear bifurcaciones sutiles, igualmente ingeniosas: «Entre un punto y otro / la distancia más grande es la desolación / del punto». Pero al final, los versos recurren al problema de la morfogénesis, que es también el problema de la identidad: «no nos conceden todas las imágenes / crearlas / generaría otro universo / (pronunciar

todos los nombres / nos dejaría sin pasado)».

Al abordar esta empresa de diseño de la realidad, Castilla asigna un efecto decisivo a la paradoja: «las matemáticas / hicieron su tarea: / para que el tiempo sea relativo / lo nacido / debe ser inverosímil». A partir del mismo principio, el nivel simbólico se torna un dominio prodigioso, idóneo para ser estudiado. Cuando nos dejamos llevar por lo abstracto, ese dominio sugiere un isomorfismo entre distintos niveles de la percepción. Así: «En la foto hay un hombre y el mar y un día / el hombre ha muerto / el día permanece / y el mar continúa / y tapa la sombra del hombre / sin deshacerla».

La otra cara de la moneda consiste en apelar a un lector lo suficientemente cuidadoso como para resolver la charada y dotarla de coherencia: «El universo no es infinito / pero sí sus divisiones / Piensa en ti cuando sueñas / tienes un límite (una imagen) / pero puedes dividirte. / Es esa división la que lo traspasa». El resultado del juego, siguiendo la lógica de la incertidumbre, permite verificar una evidencia, y es que el ser humano puede percibir su realidad y hacer una crítica radical de ésta, pero al cabo, no es capaz de auto-transcenderse. Un científico, Hofstadter, lo expresó con esta ambición metafísica: «¿Dios puede hacer

una piedra tan pesada que él mismo no la pueda levantar?» Sin duda, es interesante abordar un concepto tan elusivo: acaso, en cierto modo, quepa proyectarse hacia *algo* que prospera en la zona oscura, o por lo menos, en su antesala. No obstante, ocurre que cuanto es impracticable para el científico es sólo una cuestión de grados para el poeta. A esto se refiere, precisamente, uno de los versos –a su modo, un *haiku*– más logrados y también más desconcertantes del poemario: «El pájaro intenta / alcanzar al pájaro / que vuela con su nombre».

La espada dormida y otros cuentos, Manuel Peyrou, Editorial Losada, Madrid, 2004, 301 pp.

En esta época veloz, desatenta y tornadiza, el lector se obstina en tomar por inteligentes a muchos cultivadores del género detectivesco. Pero la realidad es decepcionante. A decir verdad, el único cálculo de ciertos editores consiste en echar a suertes el diseño de la portada: lo demás –el relato y sus afanes– se abandona en el mismo callejón criminal, reducido a la escala de un guión televisivo. Por supuesto, con un poco de paciencia, aún cabe dar con buenos relatores –Henning Mankell es